

Crítica
Bibliographica

Revista Crítica de Reseñas de Libros Científicos y Académicos

COORDINACIÓN
Olga Gugliotta

EDICIÓN
www.academiaeditorial.com

ISSN
1885-6926



LIBRO RESEÑADO

John R. SEARLE (2001)

La Universidad desafiada:

el ataque posmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales,

Santiago de Chile, Bravo y Allende Editores,

Universidad Central de Chile, 2003, 170 pp.

Trad. esp. de Edison Otero Bello.

ISBN 956-7003-72-6

AUTOR DE LA RESEÑA

Jesús G. MAESTRO

Universidad de Vigo

FECHA

31 diciembre 2008

Crítica

Bibliographica

Revista Crítica
de Reseñas
de Libros
Científicos y Académicos

et



Este libro de John Searle, cuyo título —*La Universidad desafiada: el ataque posmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales*— refleja con suma exactitud una preocupación cada día más exclusiva de una minoría de investigadores y docentes que hacen del pensamiento racional el principal instrumento de su actividad profesional: el conocimiento crítico. Frente a ellos —y digo *frente a* porque todo acto de pensamiento es un acto de pensamiento dirigido contra alguien— se sitúa el pensamiento acrítico e irracional característico de la posmodernidad, que ha encontrado en la extinta supremacía económica y financiera de los Estados Unidos su principal campo de cultivo y de expansión, invertido y revertido sin cesar en la confortable y marfileña torre de Babel en que actualmente se han convertido los departamentos —supuestamente de “Ciencias Humanas”— de ese país. Ha de quedar claro, desde el comienzo, que decir posmodernidad es afirmar la negación de la razón humana y, en consecuencia, la afirmación del irracionalismo.

La ideología postmodernista es, esencialmente, un ataque a la racionalidad, la inteligencia y la universalidad, tal como se las concibe en nuestra tradición intelectual. Creo que tales ataques no tienen mucho mérito intelectual y, en estas páginas, trato de dar algunos argumentos en defensa de cierta concepción tradicional de la racionalidad y la inteligencia en la educación superior (Searle, 2001/2003: 15).

Este irracionalismo se funda sobre todo en la obra de autores formados y educados en la tradición occidental, orientada sobre todo, desde la razón, hacia el desarrollo de la crítica, la ciencia, el capitalismo¹ y la democracia, cuyos enemigos hoy día son muy numerosos y muy fuertes, en especial fuera del ámbito geográfico llamado convencionalmente "Occidental". Y digo fuera de él porque, dentro de él, toda oposición es retórica, formal y cínica. Del mismo modo de Rousseau mitificaba y elogiaba la vida del "buen salvaje", viviendo él mismo en el urbanísimo París germinal del Imperio napoleónico, los patriarcas del irracionalismo posmoderno vivieron y viven en los placeres del

¹ Como ha señalado recientemente Santiago Javier Armesilla Conde (2008: 20), citando a Gustavo Bueno (2007: 2), el capitalismo es un sistema económica que se caracteriza por ser "[...] un proceso material real –y no como un proceso representado en fórmulas en un papel– [que] consiste ante todo en producir mercancías determinadas e intercambiables, y si es posible producir de nuevo otras mercancías susceptibles de ser vendidas, y con el riesgo de no venderlas; lo que supone conflictos, agotamiento de materias primas, competencia a muerte entre productores, superproducción de mercancías, luchas entre los trabajadores y los capitalistas, de los trabajadores entre sí y de los capitalistas entre sí. En suma, el capitalismo no es un sistema destinado a producir por producir de nuevo, como superficialmente pueden llegar a pensar los profesores; es un sistema destinado ante todo a producir y a producir obras (ferrocarriles, autopistas, rascacielos) que jamás habrían podido históricamente ser construidas por otro sistema. Y si la reproducción recurrente capitalista funciona es porque el proceso material de los ciclos funciona también. Y si el incremento del ciclo ampliado es tan notable, es porque con el sistema capitalista las poblaciones humanas han progresado (no decimos si para bien o para mal) y han aumentado en dos siglos desde mil millones hasta casi siete mil millones de individuos. El capitalismo, si es un sistema absurdo, será en todo caso tan absurdo como el «sistema» del crecimiento demográfico «en plaga» de la humanidad o de otras especies. El capitalismo es un sistema de producción mucho más serio de lo que creen los profesores, y aún mucho más profundo de lo que pensó el propio Marx, a pesar de que él ya lo analizó como una «fase progresiva» del desarrollo humano" (Bueno, 2007: 2).

racionalismo, de la ciencia y del bienestar bélicamente asegurado, tras la II Guerra Mundial (y antes de ella), contra el irracionalismo fascista y nacionalista, entre otros varios.

Los principales autores que sirven de apoyo al irracionalismo posmoderno se caracterizan por haber dado lugar a una obra de tipo asistemático o atomizado, acrítico o indefinido, y retórico o sofístico. Entre ellos han de citarse necesariamente los nombres de Erasmo, Montaigne, Rousseau, Benjamin, Barthes, Lacan, Derrida, Foucault, Vattimo, etc... Les caracteriza el hecho común de haber escrito sobre casi todo, pero nunca dentro de un pensamiento sistemático. Acaso Erasmo es el que pueda estar por encima de los demás, en este sentido, por lo que se refiere a sus trabajos filológicos, mas no así en obras cuya retórica es asombrosamente inane, como su *Elogio de la locura* (1509), según el cual para llevar una vida cómoda y feliz lo mejor es vivir al margen de la razón, en el juego cínico de la estulticia. A su vez, Montaigne escribe sus "ensayos" libérrimamente, es decir, textos y escritos sueltos, sobre cualesquiera cosas, haciendo de la opinión peana de convicciones, y sumiéndolo todo en un relativismo absolutista, precursor del "todo vale" posmoderno, que tanto agrada a un Feyerabend (1970), tan metódicamente antimetódico. Lo mismo cabe decir de Barthes, que figura entre los posmodernos contemporáneos como un teórico de la literatura excepcional, pese a no haber construido jamás ninguna teoría literaria sistemática: lo que Barthes nos ha dejado son artículos y recopilatorios, visiones atomizadas de sus impresiones personales y retóricas acerca de la literatura o, por mejor decir, de la "escritura". Al igual que Walter Benjamin, al igual que Lacan, al igual sobre todo que Nietzsche, que hizo de la Filosofía un Refranero.

Nietzsche ha sido siempre un escritor muy valorado por quienes desde la impotencia, la cobardía o la sofística, han tratado una y otra vez de renunciar al uso de la razón para explicar la verdad de los hechos, imponiendo incluso esta renuncia a todo tipo de racionalismo, a través de sistemas educativos estatales y académicos, al mayor número posible de personas. Los escritos nietzscheanos, pletóricos de metáforas psicologistas y de aberraciones autológicas, constituyen el principal arsenal de la inflamable sofística posmoderna. Algo muy semejante sucedió respecto al nazismo. Nietzsche representó para el fanatismo y la superchería hitlerianas toda una carta de navegación y de justificación genealógicas y teleológicas. El delirio racista persistente en todos sus textos, el irracionalismo fantasmagórico de sus prejuicios, y la destrucción o deconstrucción sistemática de la Lógica de la Filosofía por la tropología de la Retórica, han legalizado para muchos incautos

la posibilidad de justificar cualquier disparate sólo por ser el “hecho de conciencia” de un individuo o de un gremio. Nietzsche es el más enfermizamente teológico de los escritores europeos. Es el Lutero del psicologismo decimonónico. Un místico del yo contra todo y contra todos. Un teólogo que sólo concibe la razón identificada con dios, de modo tal que si dios muere, la razón muere con él, privando así al género humano de cualquier posibilidad de ser un ser racional (*Die fröhliche Wissenschaft*, 1882: § 125). Nietzsche condena el mundo de la razón del mismo modo que un dios veterotestamentario castiga eternamente al ser humano que accede al conocimiento. Nietzsche no quiere que el hombre use la razón. De hecho, no lo concibe como una animal racional, sino simplemente como un animal. Nietzsche pretende en sus escritos la destrucción o deconstrucción de nuestro mundo racional, de modo que en su lugar sólo habiten la locura, la sinrazón y las más violentas pasiones, sin límite alguno. Nietzsche no quiere un mundo civilizado: quiere un mundo animal y místico, donde el ser humano sea una bestia onírica e inconsciente. He ahí el mito del *superhombre*. Los sueños, las imaginaciones y las supercherías alcanzan el mismo estatuto de realidad que los hechos de la vigilia, la verdades científicas o los axiomas filosóficos. Con Nietzsche, el psicologismo irracionalista y el autismo de la conciencia dispuesta a negar todas las evidencias se precipitan hacia la funesta cima de un orgasmo disparatado. Sólo con Nietzsche en la mente se puede tener la desvergüenza de afirmar la existencia de interpretaciones cuyos hechos causales y consecuentes no han existido jamás. No cabe mayor idealismo. Afirmar que no hay hechos, sino sólo interpretaciones, equivale a afirmar con todo descaro que no se tiene ni la más mínima idea de los hechos que se dice estar interpretando. Así actúa la posmodernidad, digna heredera de un tropoturgo de la talla de Nietzsche. En palabras de John Searle,

Nietzsche es un filósofo de una variedad considerable pero, en su peor faceta, exhibe un claro defecto argumental y una tendencia a sustituir la razón por la retórica. Para esta discusión, el punto interesante es que Nietzsche se ha puesto de moda. Creo que esto se debe, en gran parte, a sus ataques a varios aspectos de la tradición racionalista occidental. No es fácil localizar algún argumento en sus ataques y, pruebas, mucho menos (Searle, 2001/2003: 21).

Searle, además, no regatea críticas, desde el seno de la Universidad estadounidense, hacia esta misma institución. Así habla de la que Gustavo Bueno, en *El mito de la izquierda* (2003), califica de “izquierda indefinida”:

Aquellos que quieren usar las universidades, especialmente las humanidades, para la transformación política de izquierda perciben correctamente que la tradición racionalista occidental es un obstáculo en su camino [...]. Nótese que la izquierda postmodernista-cultural difiere de los movimientos tradicionales de izquierda en que no pretende ser *científica* (Searle, 2001/2003: 36).

En efecto, a la izquierda “científica” pensadores como Gustavo Bueno (2003) la denominan, simplemente, marxismo, mientras que a la otra izquierda, posmoderna y acomodaticia, acrítica y sin dialéctica, la califica de “izquierda indefinida”. Es indudable que el marxismo, como sistema filosófico, ha sido el último “pensamiento fuerte” de la tradición racionalista occidental. Ciertamente la idea que Searle transmite de la universidad estadounidense actual es muy negativa, pues llega incluso a acusar a muchos de sus miembros de “tímidos”, voz que podría interpretarse eufemísticamente como afín al campo semántico de la cobardía:

El rasgo más perjudicial de los académicos estadounidenses, como categoría, es su timidez. En muchos casos, incluso aquellos que tienen un contrato en plantilla, no están dispuestos a sostener posiciones controvertidas (me imagino, por temor a ser detestados por sus colegas y sus estudiantes). En esta situación, cuando la misión de la educación superior está en duda, tenemos que seguir recordando a nuestros estudiantes, a sus padres y al público en general, unas cuantas verdades acerca de nuestra misión, incluso aunque sean impopulares (Searle, 2001/2003: 82).

Searle critica abiertamente el uso de cualidades relativas al sexo (al que los anglosajones califican, ahora sí, eufemísticamente, de *género*), la ideología gremial (a la que llaman identidad, anulando la personalidad del individuo en nombre de la ideología del grupo que lo absorbe, a cambio de protección, no feudal, sino posmoderna), la etnia o raza (palabra esta última que en el alemán contemporáneo es un auténtico tabú), las minorías, o auténticas microfísicas del poder², etc.

Es ampliamente aceptado ahora que la raza, el género, la clase, y la etnia de los estudiantes definen sus identidades. En esta pers-

² “Una minoría decidida puede tener una influencia muy desproporcionada en relación a su número o a la fortaleza de sus argumentos” (Searle, 2001/2003: 81). Para una crítica a la idea posmoderna de minoría, vid. Maestro (2009).²

pectiva, uno de los propósitos de la educación ya no es, como lo había sido previamente, capacitar al estudiante para desarrollar una identidad en tanto miembro de una cultura intelectual universal más amplia. Más bien, el nuevo propósito es reforzar el orgullo y la autoidentificación con un subgrupo particular (Searle, 2001/2003: 39).

Las nuevas intolerancias, los nuevos fundamentalismos, han encontrado en el mundo académico estadounidense un lugar seguro. La obsecuencia que generan entre los miembros de la academia es admirable, y sólo un Cervantes podría retratar semejante psicosis en una pieza análoga a la de *El retablo de las maravillas*.

Otro problema rara vez señalado es que en diversas universidades de los Estados Unidos se practican ciertas formas de discriminación racial contra hombres blancos. Esto es manifiesto en el caso de las admisiones en pregrado. Está presente, aunque de modo menos explícito, en los cargos para las facultades. Pero no se cuestiona que se discrimine contra hombres blancos. Considero esto inaceptable, y creo que llegará el día en que estaremos profundamente avergonzados de haberlo permitido, como lo estamos ahora de formas anteriores de discriminación (Searle, 2001/2003: 57).

Contratar gente por su raza o por su etnia es tan irrelevante como contratarlos porque son zurdos o porque sufren de calvicie prematura [...]. Las universidades estadounidenses en general están practicando ahora discriminación racial y sexual contra hombres blancos (Searle, 2001/2003: 84).

El *etnocentrismo cultural* (“una cultura es mejor que todas las demás, y esa cultura es la mía”), el *relativismo cultural* (“todas las culturas son igual de buenas, aunque no haya relación entre ninguna de ellas”), y el *pluralismo cultural* (“todas las culturas son igual de buenas, y todas están relacionadas entre sí”), son posiciones que se sitúan en el ámbito de la discusión fenomenológica, ideológica y acrítica. La pregunta no responde a una cuestión moral, étnica o sexual, sino científica: no importa saber cuál es el pueblo elegido por el Dios del Bien, de la Raza o del Género. Lo que importa pragmáticamente es la cuestión científica o gnoseológica, esto es, ¿qué contenidos culturales, vengan de donde vengan, hacen posible una vida humana en mejores condiciones sociales, políticas, económicas, sanitarias, etc.? Es imprescindible citar aquí el siguiente párrafo de David Alvargonzález:

El relativismo cultural se convierte en relativismo gnoseológico cuando la igualdad de valor de todas las culturas y de todas las

pautas culturales va referida al *valor de la verdad*. Para el relativista gnoseológico todas las pautas culturales serían igualmente verdaderas cuando son vistas desde el punto de vista *emic*, desde el punto de vista interno a cada cultura. Para el relativista gnoseológico cada cultura es un mundo con una coherencia *sui generis*, y no es posible traducir unas culturas a otras sin traicionarlas (ésta es la hipótesis lingüística de Sapir / Whorf pero generalizada ahora a toda pauta cultural). Por esta razón, el relativismo cultural suele ir asociado al *emicismo* (en la nueva etnografía), al particularismo (revitalizado hoy en la llamada «antropología posmoderna»), y al nominalismo (pues, para ese relativismo, categorías tales como magia, ciencia, mito, etc, son meras denominaciones eurocéntricas). El relativismo gnoseológico pretende que no existen verdades universales que tengan vigencia en todas las culturas y, en este sentido, es una de las modulaciones posibles del escepticismo gnoseológico, es una especie de pirronismo. El relativismo gnoseológico particularista supone que cada cultura está totalmente aislada de las demás, y niega la posibilidad de establecer comparaciones interculturales porque cada cultura es, por así decir, una «mónada sin ventanas», y esto a pesar de que el «megarismo cultural» está siendo continuamente desmentido por la realidad del difusionismo (Alvargonzález, 2002: 13).

La posmodernidad ha sustituido sofisticadamente la dialéctica de la Filosofía (desde Platón hasta Marx) por la relatividad de la retórica (pretextando apoyarse incluso en la Física de Einstein, a quien no han leído: si lo hubieran leído, sabrían que Einstein sostiene una Teoría de la Física que afirma la de Newton, *ampliándola*)³.

En suma, los contenidos de una cultura, de los que cabe esperar una mejora efectiva en las condiciones de la vida humana, han de ser racionales, sistemáticos, científicos, críticos, lógicos, y en ellos importará muy poco la identidad, el género, la geografía, la epidermis, la alopecia o el sexo de sus artífices. Las identidades fenoménicas interesan a los ideólogos del gremio (feminista, nacionalista, tribal, religioso, etc.), no a los científicos ocupados en el desarrollo del conocimiento, el cual, en su progresión y avance, tropezará con la oposición de credos religiosos, mitos nacionalistas o grupos feministas, que verán merma-

³ Vid. a este respecto, sobre la idea posmoderna de “relatividad”, el apéndice al libro *Contra la “teoría literaria” feminista*, titulado “La controversia Newton-Einstein: Una interpretación fraudulenta de las filosofías contemporáneas” (Varela, 2008: 83-114).

dos sus intereses gregarios y sus “derechos forales”, con frecuencia irracionales, ante el avance de una razón que los contraría en beneficio de todos y en la preservación de los derechos de todos. El gremio es ante todo el egoísmo colectivo. Es la más viva expresión de la insolidaridad social.

Con todo, hay un terreno completamente vetado a la posmodernidad: las denominadas “Ciencias de la Naturaleza”, e incluso también las ciencias formales. La Medicina, la Matemática, la Geometría, la Termodinámica..., no pueden permitirse “jugar a ser” posmodernas. Porque ante un cáncer hepático no “todo vale”. Tiene razón Searle cuando afirma lo siguiente:

Los desafiantes tienen una agenda política para las humanidades, pero no la tienen para las ciencias naturales [...]. ¿Por qué los políticos radicales han emigrado a los departamentos académicos de literatura? En mi niñez intelectual los activistas radicales abundaban, pero tendían a actuar en la arena política pública o, si es que se inclinaban a hacerlo en las universidades, habitualmente estaban en los departamentos de ciencia política, sociología y economía. Ahora, hasta donde puedo decirlo, los centros intelectuales líderes de actividad política radical en los Estados Unidos son los departamentos de Inglés, Francés y Literatura Comparada. Por ejemplo, estamos en la extraña situación de que los dos «marxistas» estadounidenses líderes son, ambos, profesores de Inglés. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Qué habría pensado Marx si hubiera sabido que su principal impacto era en la crítica literaria? Bueno, parte de la razón de la migración de los políticos radicales hacia los departamentos de literatura es que el marxismo, en particular, y el radicalismo de izquierda en general, han sido desacreditados como teorías de la política, de la sociedad y del cambio histórico. Si alguna teoría filosófica ha sido refutada por los acontecimientos esa ha sido la teoría marxista del inevitable colapso de las economías capitalistas y su destrucción revolucionaria por la clase trabajadora, seguida del surgimiento de una sociedad sin clases. En vez de eso, las que han colapsado han sido las economías marxistas y los que han sido derribados han sido los gobiernos marxistas. De manera que, habiendo sido refutadas como teorías de la sociedad, estas concepciones se han retirado a los departamentos de literatura, donde florecen, en cierta medida, como herramientas de «interpretación» (Searle, 2001/2003: 68-69).

Los límites de la interpretación literaria —y sobre todo “cultural”— son hoy día los límites de la posmodernidad contemporánea. Desde finales del siglo XVIII hasta prácticamente los comienzos de la segunda mitad del siglo XX, la investigación literaria evolucionó pres-

tando atención al curso de las ciencias naturales, a sus descubrimientos metodológicos y a sus logros experimentales, a su racionalismo práctico, en suma. En nuestros días, las ciencias de la naturaleza, que parecen buscar para sí mismas nuevas denominaciones, avanzan primordialmente por los terrenos de la cosmología y la biogenética. Una y otra disciplina resultan de difícil acceso a la fragilidad de la epistemología que, en la cultura contemporánea posmoderna, caracteriza a las tradicionales ciencias del espíritu. Los estudios literarios avanzan actualmente según los criterios metodológicos del culturalismo y la retórica posmodernos más regresivos⁴. Probablemente desde los tiempos de la escolástica nunca hemos estado tan lejos del empirismo científico y sus posibilidades de raciocinio. Y en este festín de retórica babélica, dado en el seno mismo de la Academia, la cultura es el opio del pueblo... posmoderno.

⁴ “Los desafiantes tienen una agenda política para las humanidades, pero no la tienen para las ciencias naturales [...]. ¿Por qué los políticos radicales han emigrado a los departamentos académicos de literatura? En mi niñez intelectual los activistas radicales abundaban, pero tendían a actuar en la arena política pública o, si es que se inclinaban a hacerlo en las universidades, habitualmente estaban en los departamentos de ciencia política, sociología y economía. Ahora, hasta donde puedo decirlo, los centros intelectuales líderes de actividad política radical en los Estados Unidos son los departamentos de Inglés, Francés y Literatura Comparada. Por ejemplo, estamos en la extraña situación de que los dos «marxistas» estadounidenses líderes son, ambos, profesores de Inglés. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Qué habría pensado Marx si hubiera sabido que su principal impacto era en la crítica literaria? Bueno, parte de la razón de la migración de los políticos radicales hacia los departamentos de literatura es que el marxismo, en particular, y el radicalismo de izquierda en general, han sido desacreditados como teorías de la política, de la sociedad y del cambio histórico. Si alguna teoría filosófica ha sido refutada por los acontecimientos esa ha sido la teoría marxista del inevitable colapso de las economías capitalistas y su destrucción revolucionaria por la clase trabajadora, seguida del surgimiento de una sociedad sin clases. En vez de eso, las que han colapsado han sido las economías marxistas y los que han sido derribados han sido los gobiernos marxistas. De manera que, habiendo sido refutadas como teorías de la sociedad, estas concepciones se han retirado a los departamentos de literatura, donde florecen, en cierta medida, como herramientas de «interpretación»” (Searle, 2001/2003: 68-69). Si Searle leyera hoy día lo que escribió hace apenas un lustro, tendría que reconocer que las economías capitalistas, especialmente las desarrolladas en su propio país, Estados Unidos, han experimentado el hundimiento característico de las tumores financieras propias de un neoliberalismo irreflexivo e inconsecuente.

No es posible concluir una reseña de este libro sin hacer una mención muy señalada a la labor del traductor, profesor e investigador Edison Otero Bello, cuya labor permite poner en manos del lector de lengua española este tipo de libros. Especial referencia debe hacerse en este contexto a la traducción española, recientemente aparecida, del libro de la investigadora estadounidense Susan Haack titulado *Ciencia, Sociedad, Cultura*, que pronto esperamos ver reseñado en las páginas de esta revista.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARGONZÁLEZ, David (2002), “Del relativismo cultural y otros relativismos”, *El Catoblepas*, 8 (13), en <<http://www.nodulo.org/ec/2002/n008p13.htm>> (12.09.2008).
- ARMESILLA CONDE, Santiago Javier (2008), “Sobre el llamado Proceso de Bolonia”, *El Catoblepas*, 75 (14), en <<http://www.nodulo.org/ec/2008/n075p14.htm>> (31 diciembre 2008).
- BUENO, Gustavo (2003), *El mito de la izquierda: las izquierdas y la derecha*, Barcelona, Ediciones B.
- BUENO, Gustavo (2007), “Profesores cómplices publican, cara al nuevo curso, manuales de Educación para la Ciudadanía”, *El Catoblepas*, 66 (2), en <<http://www.nodulo.org/ec/2007/n066p02.htm>> (31 diciembre 2008).
- ERASMO DE ROTTERDAM, Desiderio (1509), *Elogio de la locura o Encomio de la estulticia*, Madrid, Espasa Calpe, 2007. Traducción, prólogo y notas de Pedro Voltes.
- FEYERABEND, Paul K. (1970), *Against Method*, London, New Left Books. Trad. esp.: *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona, Ariel, 1981.
- HAACK, Susan (2003), *Defending Science –within reason. Between Scientism and Cynicism*, New York, Prometheus Books.
- HAACK, Susan (2008), *Ciencia, Sociedad, Cultura*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Diego Portales (en prensa).
- MAESTRO, Jesús G. (2009), “Crítica de la Idea de ‘Minoría’ en la interpretación del Quijote”, *Anuario de Estudios Cervantinos*, 5 (25-61).
- NIETZSCHE, Friedrich (1882), *Die fröhliche Wissenschaft* [1887?], en *Sämtliche Werke*, III, München · Berlin, Deutscher Taschenbuch Verlag · Gruyter, 1988. Trad. esp.: *El Gay saber*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986. Ed. de Luis Jiménez Moreno.
- SEARLE, John R. (2001), *La Universidad desafiada: el ataque posmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales*, Santiago de Chile, Bravo y Allende Editores, Universidad Central de Chile, 2003. Trad. esp. de Edison Otero Bello.
- VARELA ÁLVAREZ, Violeta (2007), *Contra la “teoría literaria” feminista. Crítica desde el materialismo filosófico*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.